



I.

Una mañana del mes de enero 18... hace ya de esto algunos años, arribó al puerto de los Vilos la fragata mercante chilena *Mercedes*, con el objeto de completar su cargamento de frutos del país i dirigirse en seguida a San Francisco de California a cuya plaza iba consignada.

En aquella época la aparición de un hermoso buque de ochocientas a mil toneladas era un verdadero acontecimiento en el solitario puerto de los Vilos; así que toda la población, compuesta de unas cien personas, se reunió en la playa para contemplar a la gran nave i verla salvar los peligrosos escollos que hacen difícil por el norte la entrada a esta bahía.

El buque salvó con fortuna todos los peligros, atravesó con valentía las impetuosas

rompientes del mar i buscó su fondeadero en medio de las aguas mas tranquilas.

—Es un buque inglés—decían las personas que estaban de paseo en los Vilos, gozando de la estacion balnearia.

—Es la fragata francesa *Austerlitz*,—decían otros,—que vimos el verano pasado cargando trigo i harina en el puerto de Talcahuano.

Los pilluelos de la playa sonreian al oir desvariar así a estas grandes personas que no conocian las naves de la marina nacional.

—Es la *Mercedes*,—dijeron con el tono de autoridad de experimentados marinos,—la misma que vino hace un año a llevarse la cosecha de la hacienda.

—¡Es verdad!—repetieron los viejos habitantes del puerto de los Vilos,—es la *Mercedes*.

—¡Qué lindo buque!

I un sentimiento de gozo patriótico hizo estremecer los corazones al reconocer el pabellon tricolor flotando en los mástiles mas altos de la nave.

—¡En efecto, ahí está nuestra bandera,—esclamó orgulloso un viejo mayor, que,

a pesar de las postergaciones que habia sufrido su carrera, sentia palpar algo en su interior a la vista de ese emblema de la patria.

El subdelegado marítimo que era la única autoridad del lugar i que asumia en sí muchos puestos eminentes, como el jefe de la esfera de correos, se embarcó en una vieja falúa cuyos remos manejaban dos robustos muchachos, i se dirigió a la nave a hacer su visita oficial.

El buen hombre habia tomado en esos momentos un aire majestuoso, un verdadero aire de autoridad de aldea. Estaba orgulloso de una importancia que solo cuatro o cinco veces al año tenia la fortuna de lucir.

Su vista fué mui larga; examinó escrupulosamente los papeles de la nave, que estaban en forma, i se convenció de que no reinaba a bordo ninguna epidemia.

Cuando regresó a tierra, lo hizo acompañado de un jóven que viajaba en la nave por distracción, o mas bien por curarse de una enfermedad nerviosa, i a quien los médicos de Santiago habian aconsejado aprovechar sus vacaciones en esta excursion marítima.

A pesar de su íntima dolencia, el jóven aparentaba una salud magnífica, solo su palidez, que no era estremada, podia revelar a un observador atento los efectos de su secreto malestar. Era ágil i alegre, como que atravesaba esa edad de los veintitres años en que las dolencias i las penas se olvidan a la menor impresion. Su estatura regular, su rostro fino, su frente despojada, sus ojos negros espresivos i candorosos, formaban el conjunto mas simpático. Tenia ese aire de altivez i de dulzura que encanta a las mujeres i que agrada a los hombres, i con solo el cual muchos han labrado su fortuna.

Departía con su animacion con el señor subdelegado que trataba de informarse con aparente interes del objeto de su viaje.

—I ¿permanecerá usted aquí algun tiempo? Este lugar es mui triste; las personas de Santiago no se acostumbran a estas soledades i cuando mas las seportan una semana.

—Yo estaré aquí miéntras carga el buque.

—¿Piensa usted ir hasta San Francisco?

—No; desembarcaré en Coquimbo o en Caldera, i regresaré a Valparaiso.

--El señor G., su tío, tendrá noticia de su llegada.

--De mi llegada no; pero sí de mi viaje. Debo pasar algún tiempo en su hacienda.

--Si usted gusta,—dijo el subdelegado con galantería,—enviaré inmediatamente un mensajero para que comunique al señor G. que la fragata *Mercedes* está anclada en nuestra bahía i su sobrino en tierra.

--Agradezco a usted infinito su ofrecimiento, pero quiero encargarme yo mismo de esa comision. El mensajero que usted me ofrece, puede servirme de guía.

--Con mucho gusto; puede usted partir despues de almuerzo, si usted me dispensa el honor de aceptar mi pobre mesa.

--El honor es para mí.

El subdelegado se inclinó satisfecho.

Llegaron a la modesta casa de la primera autoridad del pueblo. Estaba situada en seguida de unos grandes galpones que servían de bodega, i a los que, a veces, se les daba el pomposo nombre de aduana. Era una casa de madera i adobes que tenía a su frente un ancho i bajo corredor, sostenido por pilares de robles sin labrar

que descansaban sobre bases de piedra. En el interior habia cinco o seis piezas: una de recibo, que servia de comedor; otra de oficina, en la que estaba el archivo de la subdelegacion i el casillero de la estafeta; dos dormitorios, en uno de los cuales descansaba de sus fatigas el señor Albarracin, que así se firmaba el señor subdelegado en todos los documentos públicos, suprimiendo su nombre de bautizo, i en el otro donde dormian sus hijos: Marianita, Corina i Samuel un varon de doce años, al cual todavía no se le habia separado pieza, cosa que pensaba hacer el señor Albarracin desde hacia un año; pero cuya realizacion postergaba por sus muchas ocupaciones, aunque, a la verdad, la causa era la economía del gasto que esto le iba a imponer i la resistencia del niño para no separarse del lado de su hermana mayor, que le atendia como una madre.

Desde la primera grada del corredor notábase la mas escrupulosa limpieza. En las habitaciones no habia un solo mueble de valor, a no ser un aparador de nogal con espejo que el señor Albarracin habia rema-

tado en Valparaiso; pero todo estaba tan en órden i tan limpio que gozaba de un verdadero bienestar, admirándose la mano infatigable que manejaba la escoba i el plumero de la casa.

A un extremo del corredor alzábase un pequeño i aéreo jardin compuesto de una docena de macetas colocadas sobre tablas que pendian de grandes clavos. Habia allí malvas, claveles, pensamientos, heliotropos, reseda, todos tan frescos i bien cuidados que no ostentaban una sola hoja seca.

Aunque estaba situado este jardin en plena calle i al alcance de la tentacion i de la rapiña, jamas habia sido profanado. Nadie se atrevia a arrancar de él una flor, ¡tanto se queria a su dueño!

El señor Albarracin dejó un instante solo a su compañero en el salon, mientras iba al escritorio a despachar un *asunto importante*, que se relacionaba con uno de sus múltiples i difíciles empleos.

Antes de ausentarse le aseguró que estaba cansado por el exceso del trabajo,—a pesar,—agregó,—de que Marianita me ayuda mucho. En dos o tres ocasiones he

hecho renuncia del puesto de administrador de correos; pero la direccion jeneral no ha querido aceptarla, fundándose en que no hai en el pueblo una persona que me reemplace.

—Pero el trabajo que ese empleo le demanda será insignificante,—observó el jóven.

—¡Mui pesado!—contestó él.—Como hai por aquí muchas haciendas importantes, se despacha i se recibe bastante correspondencia.

—¿Qué movimiento tiene al año la oficina de usted?

—Al año no sé; pero hai correos que llevan hasta diez cartas.

I el señor Albarracin salió de la sala, mientras se dibujaba en los labios de su huésped una franca sonrisa de burla.

—Es hombre original éste,—murmuró:—bien puede uno pasar un dia en su compañía.

I se puso a observar los muebles, i miró las cuatro paredes de la pieza completamente desprovistas de adornos.

Solo una imájen de San Jerónimo, con una inmensa piedra en la mano, un pan duro

i un cántaro de agua a su lado, se alzaba sobre el poco confortable sofá que ocupaba el jóven.

—Mui poco a propósito es el cuadro para un comedor,—observó él.

I después, palpando el duro asiento, agregó:

—Este sofá tambien debe haber pertenecido al mobiliario de San Jerónimo.

Iba a continuar en sus críticas, cuando un ligero ruido le distrajo.

Miró hacia la puerta i vió una hermosa niña de ocho años, que lo observaba con curiosidad.

—Ven acá,—le dijo él.

La muchacha avanzó con timidez.

El jóven la tomó de las manos i la contempló un instante, mientras ella echaba atrás su pequeño cuerpo, como para desprenderse de la prision en que se la tenia.

—¿Sabes que eres bonita?

Ella volvió la cara sonriendo.

—¡Hola! i tambien eres coqueta.

La niña hizo un esfuerzo mayor para desprenderse, pero ¡nada!

—Dime, ¿te llamas Marianita?

Ella movió la cabeza en señal negativa.

—¿Cómo te llamas entónces?

—Corina.

—Marianita es mas grande, ¿no es cierto?

—¡Mucho mas!—dijo la niña.

—Pero tú eres mas bonita...

—Yo no soi bonita; ella sí.

—I ¿dónde está Marianita?

—Preparando el almuerzo; i como hai jente, está haciendo otras cosas mas.

—Eres mui indiscreta,—dijo el jóven riendo,—¿sabes que eso no se dice a las visitas?

—¿Por qué?

—Porque es malo.

—Pero ¿porqué es malo?

—Porque esas cosas secretas no se deben contar.

—Marianita me dice que debo de ser franca i no ocultar nunca nada.

—I ella ¿es así?

No alcanzó el jóven a oír la respuesta de la niña, pues se puso rápidamente de pié, al ver avanzar hacia él al señor Albarracin, acompañado de Marianita.

—Señor don Camilo,—dijo el subdelegado, con actitud jovial,—le presento a Marianita, mi hija mayor.

El se inclinó i estrechó un poco confundido la mano de la jóven, que se sonreia cariñosa.

En seguida entró en la sala una sirvienta, extendió sobre la mesa los blancos manteles i principió a colocar los platos.

—Usted nos dispensará,—dijo el señor Albarracin,—pero en el campo las cosas se hacen así, sin ceremonia i con toda franqueza.

—Por eso es aquí la vida mas agradable que en las ciudades.

Una humeante cazuela se colocó en el centro de la mesa i todos se sentaron a su alrededor.

Una dicha desconocida llenaba el corazón del jóven viajero.

II.

Despues del almuerzo, Camilo debia dirijirse a la hacienda de su tio; pero ya fuera por cansancio o por que le agradara la compañía del señor Albarracin, de Marianita i de los niños Corina i Samuel, se distrajo tan completamente que se olvidó del viaje. Esa

sociedad nueva para él, sencilla, natural i hospitalaria, en la que se hablaba el lenguaje de la sinceridad sin afectacion i en la que el cariño parecia brotar del alma con la espontaneidad de las flores silvestres, le tenian deliciosamente subyugado.

Marianita le habia sorprendido: jamas se imaginó encontrar en un pueblo mezquino i deshabitado una jóven que poseyera el aire, las maneras i la educacion de una santiaguina de alta posicion, a lo que ella unía la gracia sencilla i delicada i la ausencia completa de esa zalamería i coquetismo que constituyen el principal recurso de las niñas de las ciudades.

Marianita era dulce i grave. Su cútis blanco i sonrosado i su aire sonriente causaba a primera vista la impresion de una jóven alegre i lijera; pero cuando se escuchaba su voz firme i de un timbre claro i enérgico i se fijaba la mirada en el profundo negro de sus ojos, en cuyo fondo parecia vagar esa melancolía de los inmensos mares que ella contemplaba eternamente, un sentimiento de admiracion i ternura respetuosa brotaba en el alma.

Habíase imaginado Camilo que las jentes

de las aldeas eran todas urañas i toscas, i al ver la delicadeza i gracia de Marianita pensó que solo desde mui poco tiempo habitaría en el pueblo, habiendo sido quizás educada en alguna de nuestras grandes ciudades.

A fin de aclarar sus sospechas, aseguró a la jóven que su fisonomía no le era desconocida, que la habia visto en alguna parte.

—¡En sueños! — exclamó el señor Albarracin.

Marianita se ruborizó, pasando tal vez por su imaginacion la idea de que el jóven hubiera podido o pudiera soñar con ella.

Entonces el señor Albarracin, a fin de aclarar sus palabras, refirió a grandes rasgos la historia de su vida.

Principió asegurando que, a consecuencia del origen de su apellido, le habian llamado siempre el *moro* Albarracin; que a los cuarenta i dos años se habia casado con una jóven de San Felipe, mui interesante i virtuosa; de ella habia tenido cinco hijos, tres de los cuales vivian. A los seis meses de su matrimonio obtuvo el empleo que desempeñaba i se instaló definitivamente, i tal vez para siempre, en el puerto de los Vilos. Ma-

rianita, que a la fecha tenia diez i seis años nació en este lugar i jamas salió de él.

La descarnada relacion que hacia de su pasado el señor Albarracin impresionó al jóven. Le parecía imposible que una niña como Marianita pudiera someterse gustosa a vivir para siempre en ese destierro.

—I ¿no piensa usted mejorar de posicion, trabajar por que el gobierno lo traslade a una ciudad, a Valparaíso o Santiago, donde pueda educar bien a sus hijos i dar a Marianita las relaciones que ella necesita para... formarse un porvenir, el porvenir que toda mujer ambiciona?

I Camilo miró a Marianita por si descubria en su rostro alguna emocion que le revelara sus sentimientos; pero ni la mas lijera sombra cruzó por la pura i grave frente de la jóven.

—No pienso hacer nada; yo i mis hijos somos felices aquí ¡Quién sabe si dirijiéndonos a otra parte iríamos en busca de la desgracia!

Reinó un instante de silencio.

El señor Albarracin se paseaba lentamente por la habitacion.

—Ademas,—agregó él, reanudando la conversacion,—ahora que estoí viejo no ob-

tendria nada mejor que lo que tengo. Los gobiernos me han engañado siempre i se han burlado de mí. Cuando jóven fuí mui politiquero i nadie me ganaba a trabajar en las elecciones, legalmente, se entiende, sin hacer mas barbaridades que las mui permitidas. Nunca olvidaré la formal promesa que me hizo un ministro de nombrarme intendente si ganaba cierta eleccion; pero despues de triunfo, me negó hasta una gobernatura. El puesto que tengo me costó dos años de lucha i de empeño, e ¡iría yo a perderlo ahora!

El argumento era concluyente i el joven no insistió.

—Por lo que hace a la educacion de mis hijos,—añadió el señor Albarracin,—Marianita i yo nos encargamos de ella. Los pobres no tienen para qué saber demasiado. Mi mujer educó a Marianita, que ella haga a su vez lo que su madre hizo por ella. En el mundo vivimos así, hay un enlazamiento de todo, unos con otros deben darse las manos.

Camilo quedó silencioso. Comprendia la vida de un modo mui diverso i estaba desalentado i triste en presencia de ese hom-

bre que le parecia un gran egoista, puesto que estaba decidido a sacrificar a su hija en obsequio de su indolencia. Estimaba como un crimen el que a una jóven tan interesante, que en Santiago, con mui lijeros toques de modista, constituiria la gracia i el encanto de un salon, se la condenara a vivir para siempre sepultada en esa tumba enclavada entre unas montañas áridas i un mar desierto de naves. ¿Qué se le esperaba ahí a Marianita? ¿Cuál seria su porvenir? ¿Llegar a ser la esposa de algun capataz de las haciendas vecinas o del piloto de alguna nave de cabotaje? ¡Triste destino, sin duda! Pensó tambien, como mui posible, el que un dia cualquiera anclara en la bahía un buque extranjero, ingles, frances o italiano i que su capitan u otro empleado de la nave al ver a Marianita, se enamorara de su belleza, la solicitara por esposa, i en un dia de calma o en una noche de tempestad, se celebrara el matrimonio, i el grotesco i feliz desconocido se llevara para siempre su tesoro para ir a gozar de él en playas lejanas, donde su padre i sus hermanos i sobre todo él, no la verían mas.

De tal manera entristecian a Camilo estas ideas i sus temores los estimaba de tan posible realizacion, que con gusto hubiéralos revelado a Marianita o al mismo señor Albarracin, cuyo sobrenombre de *moro* encontraba ahora perfectamente justificado.

Camilo miraba a Marianita casi con pesar, como a un objeto bello predestinado a una ruina cierta. La cubria con su mas profunda mirada tratando de adivinar los misteriosos deseos que se anidaban en su alma. En esos instantes la jóven peinaba con suma delicadeza la rubia i ensortijada cabellera de su hermanita Corina, i cada vez que la peineta se enredaba en las sedosas madejas i la regalona chiquilla hacia un jesto de impaciencia o de falso dolor, una sincera caricia o un beso suave i delicado la recompensaba de sus molestias. I miéntras Camilo descifrabá en su mente el futuro destino de la jóven, ella absorta en sus deberes de madre vírjen, inconsciente, ignorando las amenazas que la suerte cernia sobre su cabeza, saboreaba con delicia el goce delicado i supremo de ser la providencia de dos ángeles.

Durante la visita de Camilo no suspendió Marianita sus quehaceres domésticos; iba i volvía del interior de la casa, daba órdenes i dividía el tiempo i las atenciones entres la visita i sus deberes. El jóven charlaba con el señor Albarracin i reía con los niños, pero observaba con agrado los trajines de la jóven : gozaba conociéndola en esa dulce intimidad. Marianita no se ocultaba para desempeñar los vulgares oficios de una dueña de casa, i si tenía que preguntar algo a su padre, no lo murmuraba en secreto a su oído sino que lo hablaba en alta voz, haciéndose perdonar su franqueza con una sonrisa encantadora.

Embelesado Camilo en la contemplacion de esa íntima felicidad, habría dejado pasar el día sin preocuparse del viaje que debía emprender a la hacienda de su tío; mas de una vez el señor Albarracin estuvo a punto de recordárselo i aun llegó a consultar a su hija sobre este particular; pero la jóven le observó que sería un acto mui poco delicado decirle a una persona que estaba de visita que había llegado el momento de retirarse.

—Tienes razon,—dijo el señor Albarracin,—aunque todo está en el modo de decir las cosas.

—De cualquier modo que usted se lo diga, papá,—contestó Marianita,—siempre tendrá usted que decirle que ya es hora de emprender el viaje, lo que en todo idioma del mundo significa despedir a una persona.

—I ¿qué haremos?—dijo el subdelegado un poco molesto.

—Preparar la comida como hemos preparado el almuerzo.

—Hazlo, pues, hija.

I el señor Albarracin se resignó a continuar haciendo la corte a su huésped, a quien principiaba a encontrar un poco pesado. Si él lo invitó a su casa no habia sido para siempre, fué solo para almorzar i bien claro se lo habia dicho.

Acostumbrado el señor Albarracin a su vida silenciosa i retirada, algo escéptico i bastante egoista, le fastidiaba la visita prolongada de un extraño. Alegrábase un instante al ver una persona conocida, pero la impresion era súbita i luego que se informaba de todo lo que podia interesarle

sumerjiase de nuevo en su indolencia i fastidio. Por otra parte, sus hábitos de economía eran estremados, pues recordaba a cada instante que si moria, dejaba sin familia i sin proteccion a sus tres hijos, i para asegurarles algo, guardaba los centavos con la misma avaricia que los pesos. Este era, en verdad, el lado jeneroso de su existencia. Por eso le molestaba tambien tener que retorcer el pescuezo a una gallina o a un pato para llenar el vientre de un estraño, cuando él i sus hijos lo pasaban bien con los mas frugales i comunes alimentos.

El dia trascurria en medio de estas emociones i el sol impasible i soberbio descendia rápidamente a ocultarse en el fondo del océano. El señor Albarracin habíase sentado en el sofá de piedra del corredor, cuyo brazo derecho estaba un poco gastado por el continuo roce con el del señor subdelegado, que tenia la costumbre de pasar ahí las tardes, sumerjiendo su vacío pensamiento en la inmensidad del mar. Marianita habia colocado dos sillas que ocupaban ella i Camilo. Los niños jugaban

a poca distancia del grupo i a veces corrian hasta la terrosa calle; entónces Marianita se levantaba de su asiento i los hacia volver al corredor. De cuando en cuando pasaba algun transeunte a pié o sobre un flaco rocin i todos miraban a la casa i saludaban con respeto a sus habitantes. Camilo principiaba a encontrar agradable aquella tranquilidad i monótona existencia.

Se hablaba sobre la vida de Santiago i los progresos que la ciudad habia hecho en los últimos años.

El señor Albarracin solia pedir informes sobre algunas familias que él habia conocido pobres i que al presente se encontraban ricas, i sobre otras que habiendo sido ricas estaban pobres. Estas últimas constituian el menor número.

Marianita tambien hacia sus preguntas sobre algunas jóvenes que habia conocido de paso por el pueblo en los últimos veranos. Una de esas jóvenes se habia hecho mui su amiga, la habia invitado a pasar algun tempo en Santiago i aun le habia escrito varias cartas, pero la correspondencia ya habia cesado.

—Yo no sabia que escribirle,—dijo Marianita.—Ella me hablaba de tertulias, de bailes, de óperas, de paseos, de personas que no conocia; i yo ¿que podia decirle que la interesará? Ha hecho bien en poner punto final a sus cartas. Sin embargo, conservo siempre de ella un recuerdo mui agradable i muchos agradecimientos por sus atenciones.

A Camilo le apareció notar cierta amargura en este lenguaje de Marianita.

—Esa jóven se ha casado—dijo él con intencion,

—¿Sí?—esclamó como admirada Marianita.

I una llama que se estinguió rápida brilló en sus ojos.

Miéntras se charlaba en el corredor, la sirvienta estendia sobre la mesa los mismos blancos manteles de la mañana i colocaba el servicio para la comida.

Momentos despues anunciaba en alta voz que la sopa estaba servida.

El Señor Albarracin se puso de pié e indicó a Camilo que pasara al comedor.

El jóven, algo confundido, se escusaba.

--En verdad pido a ustedes mil perdones,

he sido un gran impertinente molestándolos a ustedes todo el día, pero yo debo partir, i si usted me proporciona el guía que me ofreció esta mañana, lo haré inmediatamente.

—Ahora no sería prudente que usted se fuera, pues la distancia es larga i tendria que hacer de noche una parte del viaje i los caminos no son completamente seguros. Seria peligroso que usted llegara tarde de la noche a llamar a la puerta de la casa de su tío; podría prestarse esto a equívoco, como ya otras veces ha sucedido i que le contestaran del interior con la boca de algun rifle. Mañana al amanecer se irá Ud.

Camilo se inclinó, aceptando las observaciones i repitiendo sus excusas.

Por la noche conversaron hasta las diez. A esa hora el señor Albarracin i su hija se retiraron a sus respectivos dormitorios.

Camilo, que debia marcharse al primer albor, se despidió de ellos, repitiendo muchas veces sus agradecimientos por el cariño que se le habia dispensado.

En seguida se acostó en una cama que se le habia hecho en el comedor, sobre un catre formado de sillas.

A la mañana siguiente, Camilo se levantó mui temprano i abrió el postigo de su pieza, desde el que se tenia una estensa vista del mar. Era todavía de noche i las estrellas brillaban en el cielo. Hacia el oriente principiaba a diseñarse un débil crepúsculo, pero el occidente estaba todavía envuelto en la mas completa oscuridad. No se veia el mar sino como una inmensa llanura sombría; pero se escuchaban las palpitaciones e inquietudes de su vida como una vaga i lúgubre queja.

Era, pues, demasiado temprano para ponerse en marcha.

Ademas su guía, a quien en la noche anterior le habia recomendado que le despertara, no se presentaba todavía.

Principió a vestirse lentamente i una vez que hubo terminado su tarea, arregló i desarregló tres o cuatro veces su pequeña maleta, hasta que una escasa claridad invadió la habitacion haciendo innecesaria la luz de la bujía.

El guía llegó a la puerta montado en un brioso caballo, que hacia encabritarse. Conducia tambien el caballo de Camilo, que

dejó amarrado a una de las pilastras del corredor.

Cuando ya iban a ponerse en marcha, la sirvienta entró a la habitación del joven conduciendo lo necesario para servir el café. Al momento las dos tazas, la de Camilo i el guía, estuvieron preparadas: pero la de Camilo fuè servida sobre media taza de frescas natas de leche.

El joven comprendió que estas atenciones venian de parte de Marianita, i se las agradeció casi conmovido.

—Delicioso,—murmuraba Camilo, mientras saboreaba el café a pequeños sorbos, —pero mil veces mas deliciosa la que lo ha proporcionado.

I salió de la habitación esperando ver a Marianita, pero ¡nada!

Camilo sentia marcharse sin verla una vez mas.

Cuando ya estaba sobre su caballo, apareció Marianita en el corredor. Saludó con la mano al joven con cierta amable timidez i murmuró a media voz:

—¡Buen viaje!

El joven saludó muchas veces, i a medida

que su caballo se alejaba de la casa, miraba hácia atras con mas frecuencia, pero ninguna vez pudo divisar a Marianita.

III.

La hacienda a la cual se dirijia Camilo era una de las mas valiosas de la provincia, casi tan vasta como la mitad de un reino europeo de tercer órden, i producía en abundancia los dos artículos primitivos de la industria de Chile: el trigo i el cobre. Estaba mui léjos, sin embargo, de ser un fundo modelo; apénas la sesta parte de su estension estaba bien cultivada, el resto eran campos abandonados que, con mui poco trabajo, hubieran rendido pingües productos, i serranias áridas e incultas en las que paseaban libremente cabras salvajes, contra las que se organizaban los veranos algunas cacerías.

Últimamente se habia introducido en la hacienda el cultivo del cáñamo, pero los primeros sembradíos se habian ejecutado tan mal, que, a pesar de la riqueza de los

terrenos, el resultado habia sido mui poco halagüeño.

Una de las buenas industrias de la hacienda era ántes el tabaco; pero desde la abolicion del estanco de este artículo, su cultivo se abandonó, tal vez porque con la libertad desapareció el encanto de su explotación fraudulenta.

El señor G., dueño de esta propiedad, i al que en lo sucesivo llamaremos con su nombre propio que era el de Ramon, tenia grandes proyectos para el porvenir, pero que jamas realizaba; pensaba introducir maquinarias i colonos europeos, dar gran desarrollo a los viñedos i lechería, etc, etc., pero cuando tenia pronto el dinero necesario para la realizacion de estas empresas, mudaba de parecer i preferia prestarlo a un interes usurario con hipoteca i doble fianza, i así, con tantas garantías, no siempre dormia tranquilo ni se creia feliz.

Don Ramon, como buen soltero, habia hecho en su juventud la vida del hombre galante; pero sin levantarse jamas a mucha altura rastreando por los alrededores de su fundo i en el turbio i poco limpio torbellino

de las ciudades. Ahora, ya viejo i beato, vivia tranquilo, acompañado de su hermana Pepa, tres años mayor que él una mujer chica i fina, mui blanca, mui viva i ágil. Tenia muchos sobrinos que le visitaban con frecuencia, interasados en su fortuna. Camilo era el único de sus jóvenes parientes que jamas habia ido a la hacienda, pero si él se mostraba indiferente con su tio o con sus riquezas, su madre velaba solícita, comunicando siempre a su hermano los progresos de Camilo, para que le tuviera presente en el caso de un testamento. En verdad, ella no tocaba ese punto, pero su secreta intencion no era otra.

A este respecto, la madre de Camilo no hacia mas que imitar la conducta de sus demas hermanas; tal vez era la mas prudente i discreta, pues Carmela, su hermana mayor, enviaba, por lo ménos dos veces al año, a su hijo Serjio a la hacienda de Don Ramon, i cuando éste iba a Santiago, sentíase profundamente si no se hospedaba en su casa. Todo lo cual no era un inconveniente para que le profesara una sincera antipatía por su carácter egoista i mezquino.

Por primera vez Camilo, aprovechando del viaje de la fragata *Mercedes*, iba a visitar a su tío.

A mediodía, caballero i acompañante, llegaron frente a las casas de la hacienda.

Don Ramon i muchos alojados, parientes i amigos, de Santiago i Valparaíso, terminaban su almuerzo, cuando vieron aparecer a los dos viajeros galopando por el ancho camino que conducía a las casas.

—¿Quiénes serán?—se preguntaron.

—Un caballero con su escudero.

Don Ramon se dirigió a una de las grandes ventanas del comedor que daba al jardín i desde la cual se dominaba todo el camino i se veía mejor a los viajeros.

—Debe ser Camilo,—observó don Ramon, que en la mañana había tenido conocimiento de la llegada a los Vilos de la fragata *Mercedes*.

—¡El mismo!—exclamó Serjio—lo reconozco en su falta de práctica para andar a caballo.

Todos se levantaron, agrupándose a las ventanas para observar al viajero.

En efecto, la actitud de Camilo era bas-

tante ridícula. No teniendo costumbre de hacer largas caminatas a caballo, traía el cuerpo molido por la pesada marcha.

El animal tenía un trote áspero e irregular, lo que había contribuido a aumentar su desgracia, aporreando i desfigurando su persona mas de lo regular. El jóven venía encorvado i macilento, i el sombrero sumido hasta las orejas, le daba un aspecto poco favorable.

—¡Pobre muchacho!—dijo don Ramon, —parece que nunca hubiera montado a caballo. Probablemente no encontró en el camino el carruaje que le mandé para que se viniera.

Lo había encontrado; pero ignorando que se le enviaba a él, lo dejó pasar.

Camilo se detuvo a la entrada del jardín, que circundaba las tres fachadas de la casa, i descendió lastimosamente del caballo; pero cuando observó que un grupo de personas le contemplaba desde las ventanas, se irguió con altivez, arregló su sombrero, saludó galantemente con la mano a los que de él se reían i subió tranquilo i resuelto las cinco gradas de la escala que conducía al vestíbulo.

Cuando entró al comedor, don Ramon salió a su encuentro i le dió el abrazo mas afectuoso.

Parece que era éste el sobrino que mas estimaba, tal vez porque le veia con ménos frecuencia.

Camilo hizo un buen efecto en el ánimo de la concurrencia, i luego se olvidó, ante sus maneras francas i corteses, la impresión desgraciada de su primera aparicion.

Sólo Serjio parecia no quererla olvidar.

—Pero ¿qué diablo te dió, primo, por venirme a caballo, cuando montas de una manera detestable? ¿Qué no eres hípico?

—Nó, soi estudiante.

—Pero ¡hasta cuándo estudias! tú tienes ya veintitres años.

—Tú sabes que por mi enfermedades he perdido tres. Ademas uno debe estudiar siempre, aun cuando tenga cien años.

—I ¿cuándo te recibes, primo?

—Este año.

—¡Al fin! Me alegro infinito.

Camilo dejó a su amable primo, i mientras se le preparaba un almuerzo que don Ramon habia ordenado le trajeran, acer-

cóse a un grupo, presidido por su tío, en que se organizaba una escursión a los Vílos para establecer la temporada de baños.

La escursión sería de las más alegre, pues se compondría de muchas personas. Casi todos los propietarios de las haciendas vecinas estaban comprometidos para formar parte de ella.

—Es preciso proceder con orden,—dijo Serjio, incorporándose al grupo, i asumiendo, por decirlo así, la dirección del asunto.

Todos callaron para dejarle hablar.

—Ante todo es necesario saber cuántos somos, a fin de organizar los elementos que necesitamos, tales como alojamientos en primer lugar, camas i servicios de mesa en segundo, i comestibles en tercero.

—Nó, ponga lo último en primer lugar.

—Está bien el tercero.

—Nó, señor, uno puede alojarse en cualquier parte, pero no puede comer cualquier cosa, ni beber agua salada.

—Está bien, condesciendo; los comestibles en primer lugar.

—Veamos ahora quiénes son o somos de la partida.

—Don Ramon, primero.

—A mi pónganme al último. No quiero ocupar en nada el primer lugar.

—Está bien, no discutamos; mi tío al último. ¡Qué modestia! I en otras cosas quiere ser siempre el primero.

Don Ramon sonrió maliciosamente.

—Vamos,—dijo Serjio,—no designemos categorías ni puestos de honor, ya que éstos se rehusan porque en estas circunstancias no valen gran cosa. Contemos simplemente el número. Mi primo Camilo, mi tía Pepa, la Adela, don Policarpo, Abdon, Pañcho, el señor Rodríguez, el señor Luco, don Juan... ¡Diablo! No me satisface mucho esto de que vaya con nosotros un don Juan... sobre todo a un lugar en donde habita una muchacha tan interesante como Marianita. ¡Qué bocado, tío! ¡bocado de radical!

I Serjio, dirigiéndose a un caballero alto, flaco i bastante viejo, le gritó:

—¡Don Juan!

—¿Qué, amigo mío?

—¿Promete Ud. conducirse mui bien en los Vilos?

—Lo prometo.

—¿Que no hará ninguna don-juanada?

—Ninguna.

—¿Que no se acercará por la casa del *moro Albarracin*?

—Nada mas que a dejar i a recibir mis cartas.

—Nó, ni a eso: yo le serviré de cartero; le llevaré i le traeré la correspondencia.

—¿Sin cobrar nada?

—Nada.

—Entónces acepto.

—¿Somos cuántos?

—Diez con don Ramon.

—I once conmigo.

—¿Están todos?

—Nó; faltan los circunvecinos.

—Estos los dictará el señor don Ramon.

—¿Por haciendas o por familias?

—Por familias; por haciendas tendríamos que llevar mucho ganado.

—Bien, principio: el señor Leon i su hijo.

—Es decir, dos leones.

—I estos, tío, ¿van en jaulas?

—El señor Larraín.

—Los ménos machos posibles, tío: con los presentes ya hai bastantes.

- La señora Ramirez i sus dos hijas.
—La Conchita.
—¡Bravo!
—Doña Lucrecia i sus dos sobrinas.
—Hip, hip, hip, ¡hurra!
—El señor Lira, su esposa i su hija.
—¿No podríamos suprimir la lira mas vieja?
—El señor cura.

A esta considerable multitud debia unirse todavía el señor Albarracín i su hija, a quienes estimaban mucho las jentes de los alrededores, el capitán de la fragata *Mercedes* i quién sabe cuantos mas de esos que se presentan de improviso a última hora o que acompañan a otros invitados.

La estación balnearia de los Vilos prometia ser de lo mas animada i haria época en la historia de esa desierta rada.

IV.

El sábado siguiente, mui de madrugada notábase en la casa de la hacienda un extraordinario movimiento, la servidumbre iba i venia, subia i bajaba con ruido las escaleras i se daban órdenes a gritos. Algunas

servientas, vestidas de domingo, con sus lindos trajes de percal, envuelta la garganta i el pecho con pañuelitos de seda de color amarillo, colorado o azul, llevando a la cabeza flores o cintas puestas con arte diabólico, arreglaban maletas, baúles i almofrejes. Una franca alegría inundaba los rostros de las muchachas, los sirvientes se chanceaban con ellas. Se conocia que en aquella casa faltaba el alma de una mujer que velara por el orden i la moralidad de la servidumbre. Un viejo solteron, quizas un poco disoluto, no era el a propósito para mantener la decencia.

Ya habia partido para los Vilos una carreta cargada de útiles de casa i se arreglaba una segunda, en la que tambien debia marcharse la servidumbre. En medio de la algazara jeneral de los domésticos subieron a la carreta un arpa i una guitarra, cuyas cuerdas se hacian vibrar débilmente, entonándose canciones a media voz, mientras otros, aprovechando la ausencia de los patrones, saltaban al rededor del enorme vehículo, diseñando las actitudes de una cueca cancanesca.

En medio de esta baraunda apareció con estrépito un grande i lujoso faeton de ocho asientos, que se detuvo a la entrada del jardin. Venian en él Conchita i la señora Ramírez con sus dos hijas. En el centro del grupo, Serjio, de pié, con la cabeza descubierta, en la actitud de un vencedor romano, saludaba a la multitud ajitando al aire su sombrero.

Al bullicio que formaban los recién llegados se abrieron algunas ventanas i aparecieron las cabezas de los futuros paseantes, cuyas *toilettes* todavía no estaban terminadas.

—Serjio,—dijo uno de ellos,—no gastes tan temprano el entusiasmo, ¿qué dejas para mas tarde?

—¡Tengo un buen repuesto!—gritó él con voz mui ronca.

—¡Diablo! ¡ya se te mojó la pólvora! ¡Qué ronco estás!

—Sí, me he resfriado.

—Lo sentimos; aunque ese ronco estruendo de tu voz hará un agradable contraste con la dulce i musical de las señoritas que te acompañan.

Las señoras saludaron riendo al que así las galanteaba. Era don Juan.

Se enganchaban los caballos al coche de trompa de la hacienda i al viejo tílburí en el cual don Ramon solia recorrer los potreros i las faenas de sus trabajos agrícolas. En estos dos carruajes habia lugar para seis viajeros, i aun para siete, si alguno se avenía a ir en el pescante, en compañía del cocheró.

Los paseantes principiaban a reunirse en el comedor, donde se servia el desayuno, café, té i chocolate, a eleccion. Las señoras preferian lo último, exijiendo que les llenaran de espuma las tazas. La pobre sirvienta, que manejaba la chocolatera, estaba encendida i fatigada de tanto batir el molinillo; pero ellas, inconvencibles ante la voracidad de sus apetitos, exijian siempre mas espuma.

—¡Qué mujeres!—decia Serjio,—en todo se revelan, hasta en su aficion a las espumas: ¡tan poco amantes de lo sólido que son!

Don Ramon se paseaba amable i satisfecho en medio de sus convidados, invitando a desayunarse a los que no lo hacian.

La figura de don Ramon era por demas interesante i hacia sonreir por lo bajo a los que en ella fijaban su atencion. Su rostro completamente afeitado, su traje negro, cuya levita de cuello demasiado subido le cubria la nuca i le ocultaba la camisa, dábanle el aspecto de un presbítero. Una fina manta de vicuña caia de sus hombros hasta mas abajo de las rodillas.

—¡Tio, por Dios! — dijo Serjio, acercándosele, — ¡buen susto me ha dado! le habia tomado por el cura.

—No creas que te vas a librar de él, pues luego le tendremos aquí.

Don Ramon estaba ya acostumbrado a las chanzas de su sobrino i no le molestaban, pues sabia que en el fondo Serjio era un muchacho excelente. Aunque algo alocado i calavera, era desprendido, honrado i caballeroso, i por nada del mundo fuera capaz de cometer una bajeza. Desgraciadamente no se le creia apto para nada bueno por su carácter lijero i sus eternas chanzas. Tal vez era su tio el que le estimaba porque le conocia en la intimidad.

Doña Cármen repetia siempre a su hijo

que fuera serio i moderado, que aprendiera de Camilo que se hacia querer por su carácter grave i sus maneras medidas i cultas. Sobre todo, le recomendaba que en presencia de su tio se condujera con prudencia.

—Sabes que puedes esperar mucho del aprecio que tengan por tí.

—Buena mamá,—respondia Serjio,—no creas nunca que la perspectiva de una herencia me obligue a modificar mi carácter i a ocultar mis sentimientos. No podria jamas hacer esa farsa; me presento ante las jentes tal como Dios me hizo, i si mi tio, cuando Dios lo llame a su santa gloria, quiere dejarme un recuerdo imperecedero, lo hará; pero sin condicion alguna de mi parte.

I como doña Cármen insistiera en sus consejos, Serjio se desprendia de ella, diciéndole:

—No te preocupes de esas cosas, mamá; siempre los que andan acechando herencias, mueren ántes que aquellos cuya existencia quieren ver estinguida.

—¡Oh, jamas he deseado la muerte de Ramon!

—Pero de tanto pensar en su fortuna, inconscientemente, sin darte cuenta te va a molestar que viva.

Tal era Serjio: buen fondo i poco juiciosas esterioridades.

Eran ya las ocho de la mañana, hora en que la comitiva debia ponerse en marcha. La segunda carreta habia partido, arrastrándose lentamente por los malos caminos, pesada con la inmensa carga que conducia. El arpa, la guitarra i las chillonas voces de las cantatrices atronaban el aire con melodías que llegaban destempladas hasta las ventanas de la casa, haciendo sonreir a las señoras, pero alegrando su ánimo la franca esplosion de esa dicha del pueblo que se manifiesta tan natural i sincera.

Los viajeros un poco impacientes, habian abandonado el comedor i esparciéndose por el jardin. Los caballos enganchados a los carruajes piafaban deseosos de ponerse en marcha. Solo se esperaba, para dar la señal de partida, el coche que conducia a la señora Lucrecia i sus dos lindas sobrinas.

Serjio, molesto por su ronquera i por la tardanza, sacaba el reloj a cada instante i

comunicaba la hora a los concurrentes, como un reproche a la conducta de los que se hacían esperar.

Al fin, en el fondo de una verde alameda, se divisó un carruaje que avanzaba rápidamente i del que se destacaban las alegres sombrillas de las damas.

—¡Ellas son!—gritó Serjio, saltando sobre el faeton,—¡en marcha, señores, en marcha! Salgámosles al encuentro, porque de lo contrario, se bajan, con el protesto de arreglarse algo, i nos embroman una hora.

Las señoras i los caballeros subieron a los carruajes. El faeton, dirigido habilmente por Serjio, fué el primero en avanzar al encuentro de las rezagadas.

En el carruaje de estas venía Camilo.

—Oh, querido primo,—le gritó Serjio,—el cielo recompense tu prudencia i prevision, pues has tenido el valor de hacer un largo viaje para escojer, sin que nadie te lo dispute, el mejor de los asientos.

—Hai lugar para tí tambien, querido primo.

I como para demostrar con el hecho lo que decía Camilo, las jóvenes se estrecharon i señalaron un asiento a Serjio.

—Gracias,—dijo éste,—Camilo i yo no cabríamos en un mismo trono.

I dando vuelta el faeton para colocarlo a la cabeza del convoi, gritó con su voz que por momentos se enronquecia mas:

—¡En marcha, señores, en marcha!

—Todavía no,—dijo con calma D. Ramon.

—Pues ¿qué esperamos, tio? ¿que suba mas el sol i nos derrita? Tenga usted presente que yo voi en el pescaste i no llevo sombrilla.

—Eso te hará traspirar i te servirá para la ronquera.

—¡En marcha ¡en marcha!—repitió Serjio, adivinando los propósitos de don Ramon, —en marcha ante que llegue el cura.

—¡Qué hostilidad contra el pobre cura! —esclamó doña Pepa.

—Por supuesto, sé lo que es un cura en una fiesta: se lleva las atenciones de todas ustedes i nosotros los laicos quedamos mirando tierra i cielo.

—No sucederá eso, Serjio, sobre todo por mi parte. Te lo aseguro.

—¡Ai!—murmuró Serjio con voz conmovida,—¡si lo que tú dices lo dijiera Conchita!

—Hago mias, caballero, las palabras de mi amiga.

—Gracias, señorita, gracias, le recordaré su promesa.

Don Ramon, aun no habia ocupado su asiento en el carruaje de trompa, miraba con mucho interes hácia el fondo de la alameda, pues se veia avanzar un jinete a todo galope de su caballo, envuelto en una nube de polvo.

—¡Serjio!—gritó don Ramon, al cual habia comunicado el entusiasmo de los demas, —te anuncio que el señor cura viene por la alameda.

Serjio dirijió sus miradas hacia el sitio que le indicaba su tio i vió al jinete que avanzaba.

—En efecto--dijo desencantado, no puede ser otro.

—¡Es una desgracia! Corre como si le viniera siguiendo el diablo. No diviso la piel negra de su sotana, pero sí el pelo blanco de su yegua.

Momentos despues el señor cura detenia el jadeante animal junto a los carruajes ya próximos a partir.

—Si no es por mí, señor cura, no nos encuentra,—dijo Serjio,—yo he sido el que he estado deteniendo a esta jente para que le esperase.

—Dios se lo pague,—replicó el cura, haciendo a don Ramon una lijera mueca en que espresaba que comprendia la ironía.

I como el presbítero descendiera de la yegua, dando órden a uno de los sirvientes de la casa para que la remitiera al curato, Serjio, aparentando asombro, le dijo;

—Señor cura, ¿qué piensa usted irse a pié hasta los Vilos?

—No habrá algun lugarcito en los carruajes?—replicó sonriendo el presbítero.

—Primo, — gritó Serjio, dirijiéndose a Camilo, — dale tu asiento al señor cura i ándate en su yegua, que es mui suavecita.

—Nó nó,—replicó alarmado el clérigo,— la yegua se maltrataria mucho con un viaje tan largo.

Miéntras tanto, don Juan, que marchaba en el faeton, saltó al pescante, al lado de Serjio, cediendo su asiento al cura, que se apresuró a ocuparlo.

Don Ramon asomó la cabeza por la portezuela del carruaje i dijo en alta voz:

— ¡En marcha!

Serjio cimbró al aire el látigo, haciéndolo silbar como una sierpe, i de todos los pechos masculinos se lanzó al viento un triple ¡hurra!